

## *Philosophes*, opinión pública y opinión popular en la Francia del siglo XVIII

## *Philosophes*, public opinion and popular opinion in 18th century France

---

VÍCTOR CASES MARTÍNEZ

Universidad de Murcia. Departamento de Filosofía. Facultad de Filosofía. Edificio Luis Vives. Campus de Espinardo. 30100 Murcia

[vcases@um.es](mailto:vcases@um.es)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4263-164X>

Recibido/Aceptado: 22-XI-2020/24-III-2021

Cómo citar: CASES MARTÍNEZ, Víctor, “*Philosophes*, opinión pública y opinión popular en la Francia del siglo XVIII”, en *Investigaciones Históricas, época moderna y contemporánea*, 41 (2021), pp. 525-550.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.41.2021.525-550>

**Resumen:** En la Francia del siglo XVIII, tanto la opinión pública como los *philosophes* adquieren una presencia cada vez más destacada. En buena medida, ambas figuras van de la mano, pues los hombres de letras reivindican el decisivo papel que juegan en la consolidación de ese nuevo “tribunal” al que nadie puede sustraerse. Para ello, desarrollan una distinción fundamental entre la opinión pública y la opinión popular, el parecer de “esa multitud ciega y ruidosa” –afirma d’Alembert– contra la que se define el arrogante *philosophe*. Este puede presumir de una autonomía y una capacidad de reflexión impensables en el pueblo llano, cuya presunta humanidad es puesta en tela de juicio por los *philosophes*, quienes se presentan como los nuevos mesías cuya verdad termina imponiéndose.

**Palabras clave:** *philosophes*; opinión pública; opinión popular; Francia; siglo XVIII.

**Abstract:** In 18th century France, the presence of both public opinion and *philosophes* is becoming increasingly significant. To a large extent both go hand in hand, since men of letters are claiming the decisive role they play in consolidating that new “court” from which no one can escape. To this end, they put forward an essential differentiation between public opinion and popular opinion, which is the opinion of “that blind and noisy crowd” –according to d’Alembert– opposed to which the arrogant *philosophe* defines himself. He boasts about his autonomy and his capacity for reflection unthinkable for ordinary people, whose alleged humanity is questioned by the *philosophes*, who, in turn, depict themselves as new messiahs whose truth will end up imposing itself.

**Keywords:** *philosophes*; public opinion; popular opinion; France; eighteenth century.

**Sumario:** Introducción: “El populacho no ha leído nunca”; 1. La ascendencia de los hombres de letras; 2. La incapacidad de reflexión del pueblo; 3. La dudosa humanidad del pueblo; 4. Los *philosophes* frente a la opinión popular; Conclusiones; Bibliografía.

---

## INTRODUCCIÓN: “EL POPULACHO NO HA LEÍDO NUNCA”

Según Jean-George Le Franc de Pompignan, la fiebre lectora de la ciudadanía francesa de mediados del siglo XVIII guarda relación con una de las causas que explican la decadencia del gusto, atribuible asimismo a los excesos de la moda filosófica. El hermano de Jean-Jacques –quien pronunció contra los *philosophes* un polémico discurso de recepción en la Académie française el diez de marzo de 1760<sup>1</sup>– no solo llama la atención sobre los nocivos sistemas ideados por los escritores que no son capaces de mantener la filosofía dentro de sus límites, sino que alerta también ante ciertas actitudes que no resultan menos perniciosas, “la manía de ser Autor en los unos, y en los otros la de ser conocedor”<sup>2</sup>. Acerca de estos últimos, el obispo de Le Puy añade que

tal vez nunca se ha leído tanto en ningún siglo como en el nuestro. Sin distinción de sexos, de edades, de profesiones y de talentos, todos leen, y, lo que es aún más extraño, todos creen poder pronunciarse sobre lo que han leído. Son sobre todo los libros de Literatura los que pasan por mil manos, y competen a mil tribunales [...] Se reconoce sin esfuerzo que no se es ni Físico, ni Geómetra, ni Anticuario; pero en lo que respecta a las Bellas Letras nadie quiere percatarse de su incompetencia<sup>3</sup>.

No hemos de confundir la multitud con el público, afirma Jean-George Le Franc de Pompignan, cuyas reservas acerca de las supuestas aptitudes de la gente común expresan un sentir bastante generalizado en el mundillo intelectual<sup>4</sup>. De hecho, no todos los hombres de letras reconocen esa inquietud

---

<sup>1</sup> LE FRANC DE POMPIGNAN, Jean-Jacques et DUPRE DE SAINT-MAUR, Nicolas-François, *Discours prononcés à l'Académie française, le lundi 10 mars 1760, à la réception de M. Lefranc de Pompignan*, Paris, chez Brunet, 1760. Jean-Jacques Le Franc de Pompignan fue elegido para ocupar la plaza vacante tras el fallecimiento de Maupertuis. Para obtener una perspectiva amplia de los conflictos entre *philosophes* y *antiphilosophes* hacia 1760: CONNORS, Logan James, *Dramatic Battles in Eighteenth-Century France: Philosophes, Anti-philosophes and Polemical Theatre*, Oxford, Voltaire Foundation, 2012; FERRET, Olivier, *La fureur de nuire : échanges pamphlétaires entre philosophes et antiphilosophes, 1750-1770*, Oxford, Voltaire Foundation, 2007; MASSEAU, Didier, *Les ennemis des philosophes. L'antiphilosophie au temps de Lumières*, Paris, Albin Michel, 2000.

<sup>2</sup> LE FRANC DE POMPIGNAN, Jean-George, *Essai critique sur l'état présent de la République des lettres*, (s. l.), 1744, p. 12. En este caso y en todos aquellos donde no se indica el nombre del traductor, la traducción es mía.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pp. 12-13.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 5.

o placer por la lectura que desconcierta al autor del *Essai critique sur l'état présent de la République des Lettres*. El *Diccionario filosófico* de Voltaire es un buen ejemplo: la voz “Libelo” matiza la crítica al género de la sátira (que merece en no pocas ocasiones la reprobación del *philosophe*<sup>5</sup>), cuyos efectos no son tan temibles puesto que “el populacho no ha leído nunca en ningún país del mundo”<sup>6</sup>; una aseveración que encontramos unas pocas páginas más adelante, bajo la entrada “Libros”, a propósito de los cuales Voltaire llama la atención sobre la aparente contradicción entre la gran cantidad de obras que se publican y el escasísimo número de lectores, quienes, además, no obtienen demasiado provecho de los textos impresos, pues “si leyeran con fruto, ¿seríamos testigos de las deplorables tonterías de las que el vulgo es presa todos los días?”<sup>7</sup>.

El patriarca de Ferney se muestra aún más contundente en sus *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, donde, con el fin de mostrar que los *philosophes* no resultan problemáticos ni están en disposición de constituir una secta, nos obsequia con la siguiente argumentación:

Dividan el género humano en veinte partes, hay diecinueve compuestas por quienes trabajan con sus manos, que nunca sabrán si ha existido un Sr. Locke en el mundo. Dentro de la vigésima parte que resta, ¿cuán pocos hombres encontramos que leen? Y entre los que leen, hay veinte que leen novelas, contra uno que estudia la Filosofía<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> “Toda sátira provoca otra, y hace nacer a menudo enemistades eternas [...] No conozco ninguna sátira que haya quedado sin respuesta. Las familias, los amigos entran en estas querellas. Es el veneno de la literatura. He combatido audazmente en esta arena, y nunca he sido el agresor” (carta de Voltaire a Alexandre-Frédéric-Jacques Masson, marqués de Pezay, nueve de marzo de 1767, en VOLTAIRE, *Correspondance*, éditée par Theodore Besterman, notes de Besterman traduites et adaptées par Frédéric Deloffre, [Paris], Gallimard, vol. VIII, 1983, lettre 10009 [D 14025], p. 1005). Como indica Roland Mortier, parece sin duda paradójico que el más brillante satírico del siglo XVIII sea un declarado enemigo de la sátira (MORTIER, Roland, “La satire, ce «poison de la littérature»: Voltaire et la nouvelle déontologie de l'homme de lettres”, en MACARY, Jean (ed.), *Essays on the Age of Enlightenment in Honour of Ira O. Wade*, Genève, Droz, 1977, pp. 233-246).

<sup>6</sup> VOLTAIRE, “Libelle”, en *Œuvres complètes de Voltaire*, nouvelle édition, avec notices, préfaces, variantes, table analytique, les notes de tous les commentateurs et des notes nouvelles, conforme pour le texte à l'édition de Beuchot, enrichie des découvertes les plus récentes et mise au courant des travaux qui ont paru jusqu'à ce jour, Paris, Garnier frères, vol. XIX. *Dictionnaire philosophique*, tome III, 1879, pp. 577-578.

<sup>7</sup> VOLTAIRE, “Livres”, ibídem, p. 595.

<sup>8</sup> VOLTAIRE, *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, in *Collection complete des œuvres de Mr. de Voltaire. Première édition*, [Genève]/[Paris], [Cramer], vol. IV, 1757, p. 166.

Acerca de la multitud el *philosophe* y el *antiphilosophe* sostienen un juicio semejante. De las palabras de ambos se desprende que el pueblo no puede aspirar al estatuto del público lector, sino que ha de conformarse, a lo sumo, con un asiento en mitad del patio de butacas frente a la escena teatral. Como señala Nicolas Veysman, para el discurso *savant* del siglo XVIII las diferencias entre lo uno y lo otro son significativas: mientras que la percepción del espectador depende en gran medida del clima emocional generado en el auditorio en torno a la comedia o el drama, el lector es capaz de penetrar el sentido del texto que se revela ante sus ojos en el silencio que recubre la apacible soledad de su gabinete<sup>9</sup>. La materialidad de la concurrencia, la presencia de cuerpo presente de un determinado número de individuos que se dan cita en un lugar y a una hora fijada de antemano para asistir a la representación, contrasta con la inmaterialidad del universo de los lectores, un conjunto cuyos contornos se difuminan, un auditorio ausente, inaprensible, formado por un sinnfín de elementos que, dispersados en el tiempo y en la geografía, resulta imposible contabilizar.

Mientras que la figura del lector entra en la órbita de la opinión pública, la del espectador se encuentra mucho más próxima a lo que los *philosophes* denominan “opinión popular”. Ambos conceptos vehiculan una oposición fundamental que sin duda no ha sido estudiada como merece, a la luz de la cual según Veysman hay que interpretar otras parejas antitéticas presentes asimismo en la *puesta en escena* llevada a cabo por la literatura de las Luces: verdad *versus* error, autonomía *versus* heteronomía y discurso normativo *versus* discurso descriptivo<sup>10</sup>.

## 1. LA ASCENDENCIA DE LOS HOMBRES DE LETRAS

Sobre la primera de estas antinomias el autor de la voluminosa tesis dirigida por Michel Delon menciona la lenta rehabilitación del concepto de opinión: “Del alba al crepúsculo de las Luces –afirma Veysman–, la opinión abandona poco a poco la sombra del error y de la duda para fundirse en la luz

---

<sup>9</sup> VEYSMAN, Nicolas, *Mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières*, Paris, Honoré Champion, 2004, pp. 65-67, 235-274.

<sup>10</sup> Además del libro que vio la luz en 2004, puede consultarse el artículo publicado por Veysman en 2005 en la revista *Dix-huitième siècle*, en el que enfatiza aún más la importancia de la distinción entre opinión pública y opinión popular (VEYSMAN, Nicolas, “La mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières”, en *Dix-huitième siècle*, 37 (2005), pp. 445-465).

de la verdad filosófica”<sup>11</sup>. Del *Traité de l'opinion* de Gilbert-Charles Le Gendre, publicado en 1733, al libro del abate Petiot que vio la luz en 1777, *De l'Opinion et des mœurs, ou de l'influence des lettres sur les mœurs*, la mutación del término es muy sintomática<sup>12</sup>. El primero de los dos textos maneja su objeto de estudio conforme a la concepción arcaica, que no puede disimular su herencia platónica, según la cual la noción de opinión hace referencia a una forma inferior del saber, a un conocimiento engañoso, equivocado. Doce años antes del estallido revolucionario la postura de Le Gendre se antoja insostenible: Petiot, por el contrario, asocia opinión y razón e intenta mostrar, tal y como se desprende del subtítulo de su obra, la ascendencia de las letras “sobre los espíritus que estas iluminan, y de los cuales dirigen la manera de pensar”<sup>13</sup>.

Diez años antes de la publicación del libro de Petiot, Charles Duclos (que en 1755 fue nombrado secretario perpetuo de la Académie française, tras la dimisión de Jean-Baptiste de Mirabaud) añadió un nuevo párrafo en la quinta edición de sus *Considérations sur les mœurs de ce siècle* (cuya primera edición data de 1751), en el que subrayaba la importancia de los hombres de letras en el tribunal de la opinión pública:

Sin embargo, de todos los imperios el de *les gens d'esprit*, sin ser visible, es el más extendido. El poderoso manda, *les gens d'esprit* gobiernan, porque a la larga ellas forman a la opinión pública que tarde o temprano subyuga o derriba toda especie de despotismo<sup>14</sup>.

Keith Michael Baker interpreta el añadido de Duclos a la edición de 1767 como un anuncio del nuevo rumbo que va a adoptar el concepto de opinión pública a partir de 1770, y ante todo en el decenio que concluirá con la Revolución, cuando “el término comienza a tomar las connotaciones propias del espíritu de las Luces y adquiere una resonancia más netamente política”<sup>15</sup>. A juicio de Baker, desde mediados de siglo hasta 1780 la noción de opinión

<sup>11</sup> VEYSMAN, *Mise en scène de l'opinion publique...*, *op. cit.*, p. 41.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 398-413, 635-643. LE GENDRE, Gibert-Charles, *Traité de l'opinion, ou Mémoires pour servir à l'histoire de l'esprit humaine*, Paris, C. Osmond (G. de Bure), 1733, 6 vol.; PETIOT, *De l'Opinion et des mœurs, ou de l'influence des lettres sur les mœurs*, Londres/Paris, Moureau/Nyon, 1777.

<sup>13</sup> PETIOT, *op. cit.*, chapitre 2, “Des lettres et de leur influence sur les mœurs”, p. 26.

<sup>14</sup> DUCLOS, Charles, *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, Paris, Prault, 5<sup>e</sup> édition, 1767, pp. 270-271.

<sup>15</sup> BAKER, Keith Michael, “Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime”, trad. de Jean-François Sené, en *Annales ESC*, 1 (1987), p. 56.

pública funciona más bien como una categoría social, se trata de una expresión que remite al acervo de usos y costumbres que caracteriza una sociedad determinada, un conjunto de valores con los que según Rousseau es preciso manejarse con sumo cuidado, de ahí las reticencias del escritor ginebrino frente al proyecto de construcción de un teatro en su localidad natal:

Uno de los infalibles efectos de un Teatro establecido en una ciudad tan pequeña como la nuestra será cambiar nuestras máximas, o, si se prefiere, nuestros prejuicios y nuestras opiniones públicas; lo cual necesariamente cambiará nuestras costumbres por otras, mejores o peores, aún no digo nada, pero a buen seguro menos adecuadas a nuestra constitución<sup>16</sup>.

Junto con la *Lettre à d'Alembert sur les spectacles*, Baker cita otros textos donde el uso de la expresión “opinión pública” contrasta con el sentido que este concepto toma en el nuevo párrafo de la edición de 1767 de las *Considérations sur les mœurs de ce siècle*. Entre tales ejemplos se encuentra la primera edición del propio texto de Duclos, en cuyo tercer capítulo, “Sur la probité, la vertu et l’honneur”, el autor alude al importante papel ejercido por la opinión pública al castigar con el desprecio y la vergüenza a aquellos que no infringen la ley (y por tanto esta no puede hacer nada contra ellos), pero contravienen las convenciones tácitas que rigen el comportamiento de las personas honestas<sup>17</sup>.

Esta última referencia nos ayuda a enfocar el problema de un modo ligeramente distinto. La discordancia entre el nuevo párrafo incluido en la edición de las *Considérations* de Duclos de 1767 y el fragmento de la *Lettre* de Rousseau (que no es el que usa Keith M. Baker<sup>18</sup>) queda subrayada hasta cierto punto con independencia del contexto, a partir del empleo de un determinante posesivo (“nuestras”) y ante todo del plural (“opiniones públicas”), el cual contraviene una de las máximas que dotan a la expresión *opinión pública* de su potencia conceptual, de su alcance como idea directriz.

---

<sup>16</sup> ROUSSEAU, Jean-Jacques, *J. J. Rousseau, citoyen de Genève, a Mr. d'Alembert, de l'Académie Française, &c. &c. &c. sur son article Genève dans le VII<sup>e</sup> volume de l'Encyclopédie, et particulièrement sur le projet d'établir un Théâtre de Comédie en cette ville*, 3<sup>e</sup> édition, Amsterdam, chez Marc Michel Rey, 1762, p. 125.

<sup>17</sup> DUCLOS, Charles, *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, [Paris], [Laurent-François Prault ou Bernard Brunet], 1<sup>ère</sup> édition, 1751, pp. 70-71.

<sup>18</sup> BAKER (*op. cit.*, p. 55) prefiere citar un par de líneas de la *Lettre à d'Alembert sur les spectacles* a propósito de la historia del duelo en Francia, en las que Rousseau manifiesta la firme resistencia al cambio de la opinión pública: “Ni la razón, ni la virtud, ni las leyes vencerán a la opinión pública, mientras no encontremos el arte de cambiarla”.

En su diálogo con Roger Chartier sobre el espacio público, el propio Baker afirmaba que lo más destacado de la noción de opinión pública tal y como esta aparece en el siglo XVIII es precisamente que no fue conceptualizada como plural<sup>19</sup>. Por el contrario, la opinión pública debía ser concebida como unitaria para llegar a ser definida como la autoridad última que provee de legitimidad a los diferentes actores sociopolíticos. La concreción de la expresión empleada por Rousseau no concuerda demasiado, por tanto, con la opinión pública abstracta, con aquella entidad racional, objetiva, estable, que rivaliza en los discursos de la época con la monarquía misma.

Sin embargo, no podemos exagerar la distancia existente entre las dos ediciones del texto de Duclos a las que hemos aludido. Si bien el añadido de 1767 proporciona a la noción de opinión pública un alcance político que va más allá de la significación de dicha categoría en la versión original de la obra, es justo reconocer que la edición de 1751 contiene ya algunos de los rasgos definitorios fundamentales de aquella entidad cuya formulación no admite el plural. Caracterizada como un severo censor de costumbres, la opinión pública se presenta como la instancia “que ejerce la justicia”<sup>20</sup>, cuyo radio de acción sobrepasa las competencias de la legislación positiva. La opinión pública aparece ya, por tanto, en la primera edición de las *Considérations sur les mœurs de ce siècle* como una autoridad que detenta la potestad del supremo acto de justicia, como un poderoso tribunal, uno de los términos más repetidos en la literatura de las Luces para designar esta nueva configuración sociopolítica. De él se sirven, por ejemplo, Malesherbes, en su discurso de recepción a la Académie française pronunciado el dieciséis de febrero de 1775, cuando define la opinión pública como “el juez soberano de todos los jueces de la tierra”<sup>21</sup>, o Jacques Necker, el ministro de finanzas que con la publicación del *Compte rendu* de 1781 ratificó de manera oficial el poder de la opinión pública, “un tribunal –escribe Necker– donde todos los hombres que atraen sobre sí las miradas están obligados a comparecer: ahí, la opinión pública, como en lo alto de un trono, concede premios y coronas, hace y deshace las reputaciones”<sup>22</sup>.

<sup>19</sup> BAKER, Keith Michael et CHARTIER, Roger, “ Dialogue sur l’espace public ”, *Politix*, 26 (1994), p. 13.

<sup>20</sup> DUCLOS, *Considérations...*, *op. cit.*, 1<sup>ère</sup> édition, 1751, p. 70.

<sup>21</sup> MALESHERBES, Guillaume-Chrétien de Lamoignon de, *Discours prononcés dans l’Académie française, le jeudi 16 février 1775, à la réception de M. de Lamoignon de Malesherbes*, Paris, Demonville, 1775, p. 5.

<sup>22</sup> NECKER, Jacques, *De l’administration des finances de la France*, (s.l.), 1784, vol. I, p. LVIII.

La primera edición de las *Considérations sur les mœurs de ce siècle* de Duclos contiene por tanto, como afirmábamos antes, al menos el germen de uno de los principales rasgos que la noción de opinión pública exhibe en los albores de la Revolución. Así pues, entre el texto original de 1751 y la quinta edición del mismo fechada en 1767 lo más novedoso, el lugar donde a nuestro parecer hay que poner el acento, donde recae en mayor medida el peso del nuevo párrafo añadido por Duclos, no es tanto la creciente politización de la opinión pública (que por supuesto no deja de ser relevante), sino más bien el decisivo papel que juegan los hombres de letras en la consolidación de ese nuevo tribunal al que nadie puede sustraerse.

## 2. LA INCAPACIDAD DE REFLEXIÓN DEL PUEBLO

Sin duda, en la literatura de los últimos decenios del Antiguo Régimen tanto la opinión pública como los *philosophes* adquieren una presencia cada vez más destacada; aunque, como de costumbre, hay excepciones que confirman la regla al menos por lo que respecta a la opinión pública, que aparece por vez primera en uno de los grandes diccionarios de la época en 1798, en la quinta edición del *Dictionnaire de l'Académie française*<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> La tercera acepción de la entrada “Opinion” hace referencia a la “opinión pública”: “Se dice *La opinión pública, la opinión general*, y simplemente *La opinión*, para significar lo que el público piensa sobre algo. *El poder, el imperio, la influencia de la opinión*; y en este sentido, se dice proverbialmente *La opinión es la Reina del mundo*” (*Dictionnaire de l'Académie française. Revue, corrigée et augmentée par l'Académie elle-même*, Paris, J. J. Smits, 5<sup>e</sup> édition, 1798, vol. II, p. 193). En la entrada “Opinion” de los dos grandes diccionarios de finales del siglo XVII, el de Richelet de 1680 y el de Furetière de 1690, no hay ninguna referencia a la opinión pública (RICHELET, César-Pierre, *Dictionnaire françois, contenant tous les mots et les choses...*, Cambridge (Massachusetts), Omnisys, [ca. 1990] –reproduction de l'édition de Genève, chez Jean Herman Widerhold, 1680–, p. 93; FURETIÈRE, Antoine, *Dictionnaire universel, contenant généralement tous les mots François tant vieux que modernes, et les termes de toutes les sciences et les arts...*, Paris, France-expansion, 1972 –reproduction de l'édition de La Haye et Rotterdam, A. de R. Leers, 1690, 3 tomes dans un volume, non paginé–, tome II, [pp. 1452-1453]). Tampoco se hace mención a ella en la voz “Opinion” de la *Encyclopédie*, donde tan solo encontramos una aproximación epistemológica y jurídica al término (BOUCHER D'ARGIS, Antoine-Gaspard, “Opinion”, en *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres. Mis en ordre para M. Diderot, [...] et quant à la partie mathématique, par M. d'Alembert*, Paris, France expansion, 1972 –reproduction des éditions de: Paris, Briasson/David l'aîné/Le Breton/Durand, 1751-1757, vol. I-VII; Neuchâtel, Samuel Faulche et Compagnie, 1765, vol. VII-XVII–, vol. XI, pp. 506-508).



La lentitud con la que los diccionarios suelen dar cuenta de las modificaciones léxicas no es aplicable al discurso ilustrado, que desarrolla la distinción entre opinión pública y opinión popular apoyándose en una segunda antítesis que enfrenta los términos *autonomía* y *heteronomía*. Como cabía esperar, este último vocablo es el que caracteriza las manifestaciones que provienen del pueblo, el cual según la literatura de las Luces es incapaz de valerse por sí mismo, cualquiera que sea la perspectiva que se adopte: es vulgar si nos atenemos a los parámetros de la sociabilidad distinguida, ocupa el escalón más bajo por lo que respecta a su desarrollo mental y es dependiente desde el punto de vista económico, pues necesita que otros le den trabajo<sup>24</sup>. El pueblo constituye así “una clase aparte”, afirma Harry C. Payne<sup>25</sup>, quien señala que los *philosophes* veían a la multitud como los terratenientes a sus trabajadores<sup>26</sup>, los cuales, a juicio de Helvétius, están tan ocupados que no se hallan en condiciones de recibir un grado de formación tal que les permita pensar de manera autónoma, no gozan del descanso necesario para instruirse, un deleite que en opinión del autor de *De l'esprit* está reservado a unos pocos hombres: “El pobre, por ejemplo, no puede ni reflexionar, ni examinar; no recibe la verdad, como el error, sino por prejuicio”<sup>27</sup>.

Educados en los autores antiguos, los hombres de letras del siglo XVIII –sostiene Payne– no comparten la mirada compasiva propia de la glorificación cristiana del pobre, sino que reproducen el desdén clásico hacia la plebe<sup>28</sup>. Contra esta se define la nueva figura del *philosophe*, que, si bien, como afirma Dumarsais, “es una máquina humana como cualquier hombre, sin embargo es una máquina que por su constitución mecánica reflexiona sobre sus movimientos”<sup>29</sup>, algo de lo que no puede presumir la gente común.

<sup>24</sup> Véase PAYNE, Harry C., *The Philosophes and the People*, New Haven and London, Yale University Press, 1976, pp. 13-14.

<sup>25</sup> “Le Peuple-A Class Apart” es el título del primer capítulo del libro de Payne; ibídem, p. 7.

<sup>26</sup> Ibídem, p. 2.

<sup>27</sup> HELVETIUS, Claude-Adrien, *De l'esprit*, Paris, Durand, 1758, p. 65.

<sup>28</sup> PAYNE, *op. cit.*, p. 2.

<sup>29</sup> [DUMARSAIS, César Chesneau], “Le Philosophe”, en *Nouvelles libertés de penser*, Amsterdam, [Piget], 1743, p. 175. Se trata probablemente, como afirma Jin Lu, de la primera propuesta de “una definición razonada y completa de este nuevo tipo de *philosophe* que se llamará el *philosophe* de las Luces” (LU, Jin, *Qu'est-ce qu'un philosophe? Éléments d'une enquête sur l'usage d'un mot au Siècle des Lumières*, Saint-Nicolas (Québec), Les Presses de l'Université Laval, 2005, pp. 5-6). Publicado de forma anónima en 1743, “Le Philosophe” fue atribuido a Voltaire, Diderot y La Mettrie (sobre el problema de la autoría del texto, véase DIECKMANN, Herbert (ed.), *Le philosophe. Texts and Interpretation*, Saint-Louis, Washington University Studies, 1948, pp. 1-26).

“El *philosophe* –continúa Dumarsais– forma sus principios sobre una infinidad de observaciones particulares; el Pueblo adopta el principio sin pensar en las observaciones que lo han producido”<sup>30</sup>.

Esta capacidad de análisis es la marca distintiva del *esprit philosophique* según Antoine Guénard, el jesuita que en 1755 obtuvo el premio de elocuencia de la Académie française con un discurso cuya segunda parte establece los límites que dicho *esprit philosophique* no debe franquear, en lo relativo a las obras de arte (que no son enjuiciables por el *philosophe*, pues este no ha sido dotado con la sensibilidad necesaria para tratar acerca de lo bello) y, ante todo, a propósito de la religión y sus misterios impenetrables. Antes de acotar los márgenes de la razón, Guénard delinea los caracteres específicos de quienes poseen “el talento de pensar”<sup>31</sup> con el fin de trazar con claridad la frontera entre los agraciados con las aptitudes requeridas para los *philosophes* y quienes nunca conseguirán alcanzar un título semejante. “El espíritu de reflexión, el genio de observación”<sup>32</sup> es, como advertíamos, la línea de demarcación entre unos y otros, entre los auténticos *savants* y el pueblo ignorante que se halla bajo sus pies<sup>33</sup>, compuesto por todos aquellos a los que se dirige el padre jesuita para convencerlos de que su miserable estado es inamovible: “No, vosotros seréis siempre pueblo; no pensaréis jamás, pese a todos los auxilios del arte, más que de un modo débil y común”<sup>34</sup>.

Quien es incapaz de reflexionar no puede estar en disposición de satisfacer las exigencias ligadas a cualquier ámbito del conocimiento, con lo cual, a juicio de Diderot, el pueblo llano no solo queda inhabilitado para los saberes positivos, sino también para las artes: “El imperio de las ciencias y de las artes es un mundo alejado del vulgo”<sup>35</sup>. El citado fragmento pertenece al *Prospectus* que en noviembre de 1750 anunciaba la inminente publicación de la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, lo cual sugiere que el entrecomillado no solo reproduce la opinión

<sup>30</sup> [DUMARSAIS], *op. cit.*, p. 176.

<sup>31</sup> GUENARD, Antoine, *Discours qui a remporté le prix d'éloquence à l'Académie française, en l'année 1755: En quoi consiste l'esprit philosophique*, Paris, B. Brunet, 1755, p. 4.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>33</sup> Guénard aconseja a los *philosophes* que se reúnan en torno a los maestros y doctores, que hagan uso de las reglas que separan la tiniebla de la luz, y de este modo “veréis sin duda al pueblo ignorante bajo vuestros pies” (*idem*).

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 6.

<sup>35</sup> DIDEROT, Denis, “Prospectus” [de l'*Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*], en ALEMBERT, d', *Discours préliminaire des éditeurs de 1751 et articles de l'Encyclopédie introduits par la querelle avec le Journal de Trévoux*, textes établis et présentés par Martine Groult, Paris, Honoré Champion, 1999, p. 25.

particular del autor de la *Lettre sur les aveugles*, sino que da cuenta asimismo del parecer de la *société de gens de lettres* que respalda una obra de tal envergadura.

### 3. LA DUDOSA HUMANIDAD DEL PUEBLO

Hay que reconocer, sin embargo, que no todas las contribuciones de la *Encyclopédie* exhiben una visión tan despectiva de las clases más humildes. En la entrada “Peuple” del duodécimo volumen, el caballero de Jaucourt no podía dejar de mencionar el que a su juicio representaba el cambio más significativo que dicha noción había experimentado en los últimos tiempos. Frente a lo que sucede en Inglaterra, el país vecino en el que el pueblo elige a sus representantes en la Cámara de los Comunes, o en Suecia, donde el campesinado participa en las asambleas nacionales, da la impresión de que en Francia –afirma el autor del artículo, uno de los más prolíficos colaboradores del diccionario editado por Diderot y d’Alembert– la que antaño era considerada como “la parte más útil, la más preciosa y en consecuencia la más respetable de la nación”<sup>36</sup> es hoy poco menos que unapestado del que casi todos intentan alejarse.

En otro tiempo el *pueblo* constituía el estado general de la nación, opuesto simplemente al de los grandes y los nobles. Englobaba a los labradores, obreros, artesanos, negociantes, financieros, a las gentes de letras y a los profesionales de la justicia. Pero un hombre de mucho espíritu, que ha publicado hace cerca de veinte años una disertación sobre *la naturaleza del pueblo*, piensa que este cuerpo de la nación se limita actualmente a los obreros y labradores<sup>37</sup>.

El autor que merece los elogios del enciclopedista es Gabriel-François Coyer, quien hizo imprimir en 1755 (han transcurrido, por tanto, diez y no cerca de veinte años como pretende Jaucourt) su “Dissertation sur la nature du peuple”, que entre otras cuestiones aborda la reducción de la que, a pesar de todo, “no deja de ser la parte más numerosa, quizá incluso la más necesaria de la nación”<sup>38</sup>. Según Coyer, después de que *les gens de loi* se hayan

---

<sup>36</sup> JAUCOURT, Louis, “Peuple”, en *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers...*, *op. cit.*, vol. XII, p. 476.

<sup>37</sup> Ídem.

<sup>38</sup> [COYER, Gabriel-François], “Dissertation sur la nature du peuple”, en *Dissertations pour être lues : la première, sur le vieux mot de patrie ; la seconde, sur la nature du peuple*, La Haye, Pierre Gosse junior, 1755, p. 46.

ennoblecido y *les gens de lettres* le hayan dado la espalda al pueblo, dentro de este no quedan más que los labriegos, los criados y los artesanos<sup>39</sup>.

Los colectivos que ya no se cuentan entre los integrantes de las clases bajas no se limitan a tomar distancia con respecto al pueblo, sino que, como recuerda Coyer, cuestionan la supuesta humanidad de la plebe, que en numerosas ocasiones aparece en los discursos de los *philosophes* investida de los atributos propios de las bestias más salvajes o de los animales más bobos, como “los bueyes para los que hace falta un yugo, un acicate y heno”, que según Voltaire representan la perfecta imagen del populacho, que “siempre será tonto y bárbaro”<sup>40</sup>.

Coyer no comparte la opinión del patriarca de Ferney. Así, tras reconocer que no son pocos los motivos que sugieren que el pueblo se rige por el instinto y no por la razón, la cualidad esencial del hombre, el autor de la “Dissertation” aduce una serie de pruebas que demuestran la naturaleza humana del pueblo. Una de ellas es la participación de este en las elecciones políticas y discusiones acerca de los asuntos fundamentales de la patria (el autor menciona entre otras cosas los Estados Generales convocados por última vez en Francia en tiempos de Luis XIII), lo cual demuestra que la razón está presente asimismo en las capas sociales más desfavorecidas, ya que, además, el entendimiento no solo comparece en los consejos de gobierno, sino también en el seno de las familias, y aun en las más humildes, de las que surgen numerosas actrices que derrochan talento en la escena teatral<sup>41</sup>.

En vez de mostrarnos agradecidos por sus valiosas aportaciones a la sociedad, “le negamos la razón al pueblo –leemos en la “Dissertation”–, y nuestras leyes lo castigan: las prisiones, las torturas, las horcas, las ruedas están hechas para él”<sup>42</sup>. Coyer denuncia por tanto el injusto trato que se le brinda a la ciudadanía que dispone de menos recursos, cuya ineptitud no la

---

<sup>39</sup> *Ibíd.*, p. 45. El discurso de Coyer supone un argumento a favor de la denominada tesis de la retirada, defendida entre otros por Peter Burke. Según el historiador británico la época moderna puede contemplarse asimismo como el proceso a través del cual las clases altas se desmarcan de los hábitos y las prácticas de los sectores más humildes. Si en 1500 la cultura popular aún era considerada como una cultura de todos (“una segunda cultura para los más instruidos, y la única para el resto”, matiza Burke), en 1800 las clases más acomodadas ya habían abandonado la visión del mundo de la gente común (BURKE, Peter, *La cultura popular en la Europa moderna*, trad. de Antonio Feros, Madrid, Alianza, 2005, pp. 376-390, cita en p. 376).

<sup>40</sup> VOLTAIRE, “Lettre à M. Tabareau”, en *Œuvres de Voltaire*, Paris, Delagrave, 1885, vol. 69, p. 428. La carta está redactada en Ferney, el tres de febrero de 1769.

<sup>41</sup> [COYER], *op. cit.*, pp. 61-67.

<sup>42</sup> *Ibíd.*, p. 67.

convierte en un sujeto menos temible, pues es caracterizado como una manada que es seducida con suma facilidad por los agitadores de turno.

Pero sin duda el argumento más curioso de los empleados por Coyer es el que se presenta como una incontestable evidencia científica: un hábil anatomista disecó la cabeza de un labrador y observó el buen estado de los órganos que trabajan la razón. Además de comprobar la adecuada disposición del cerebelo, los jugos, las fibras y los nervios, el experto examinó con el microscopio la glándula pineal, el lugar en el que se aloja el alma, donde advirtió que este campesino que se había ahorcado porque después de pagar los impuestos no le quedaba nada para vivir trenzaba sus ideas de manera mucho más clara y reflexiva que un individuo distinguido –que murió espada en mano, tras haber malentendido una frase que no significaba nada–, cuya cabeza, diseccionada por el anatomista, no mostraba más que percepciones confusas y descosidas, aires de grandeza y sueños quiméricos<sup>43</sup>.

Coyer trata así de rebatir a quienes no se limitan a denunciar las escasas habilidades intelectuales de la multitud, sino que a menudo ponen en tela de juicio la supuesta humanidad de la gente común. “El pueblo está entre el hombre y la bestia”, afirma Voltaire<sup>44</sup>, “es sin duda un animal imbécil que se deja guiar en las tinieblas”, concluye d’Alembert<sup>45</sup>. “El Pueblo es una *hidra* de cien cabezas”, leemos en el *Dictionnaire universel* de Furetière de 1690<sup>46</sup>, un monstruo desgobernado si es abandonado a su suerte, una fiera cuya única posibilidad pasa por ser sometida y guiada por los *philosophes*, que se presentan como los domadores de la bestia salvaje: “Nosotros –escribe Diderot a Necker el doce de junio de 1775– somos ese pequeño número de cabezas que, situadas en el cuello del gran animal, arrastran tras ellas a la multitud ciega de sus colas”<sup>47</sup>.

<sup>43</sup> *Ibidem*, pp. 59-61.

<sup>44</sup> VOLTAIRE, *Les œuvres complètes de Voltaire / The Complete Works of Voltaire*, edited by Theodore Besterman [then by William Henry Barber], Genève/Toronto/Paris, Institut et Musée Voltaire/University of Toronto Press/[diff. J. Touzot], 2<sup>nd</sup> edition revised, vol. 82. *Notebooks*, tome II, 1968, p. 534.

<sup>45</sup> Carta de d’Alembert a Federico II de Prusia, 30 de noviembre de 1770 (ALEMBERT, d’, “Correspondance avec le roi de Prusse”, en *Œuvres de d’Alembert*, Paris, A. Belin, vol. V, partie II, 1822, p. 305).

<sup>46</sup> FURETIERE, “Hydre”, en *Dictionnaire universel*, *op. cit.*, tome II, [p. 1050].

<sup>47</sup> DIDEROT, Denis, *Œuvres complètes de Diderot revues sur les éditions originales comprenant ce qui a été publié à diverses époques et les manuscrits inédits conservés à la Bibliothèque de l’Ermitage*, notices, notes, table analytique, étude sur Diderot par Jules Assézat et Maurice Tourneux, Paris, Garnier frères, vol. XX. *Correspondance*, tome III, 1877, lettre LXVIII, p. 70.

La animalidad del pueblo –que se expresa con especial énfasis en las mujeres<sup>48</sup>– no podía dejar de estar presente en el exhaustivo *Tableau de Paris* trazado por Louis-Sébastien Mercier, donde una vez más las desatadas pasiones que arrebatan a la muchedumbre contrastan con la serena elegancia de los hombres de letras. Así, ante la noticia del nacimiento de un nuevo príncipe, “mientras el *philosophe* escribía, el populacho en un júbilo desenfrenado gritaba, bebía, aullaba, callejeaba bajo una pesada cadencia, se precipitaba hacia las ruedas de una carroza, el rostro lleno de barro y ensangrentado, para recoger algunas monedas sueltas”<sup>49</sup>.

La autonomía del *philosophe* –sobre la que se sostiene en gran medida el liderazgo de este al frente de la sociedad– contrasta así con la naturaleza heterónoma de la opinión popular, la cual en el mejor de los casos tan solo es capaz de reproducir sin más las verdades proferidas por el selecto grupo de hombres de letras que trazan la senda del progreso. De este modo se expresa Diderot en la entrada “Multitude” de la *Encyclopédie*, en la que tras criticar la incultura de esta, su ineptitud para el razonamiento filosófico y para el juicio estético y sus escasas habilidades por lo que respecta a las cuestiones morales y sentimentales, se pregunta:

¿En qué entonces y cuándo la *multitud* tiene razón? En todo, pero al final de un larguísimo tiempo, porque entonces es un eco que repite el juicio de un pequeño número de hombres sensatos que forman por anticipado el de la posteridad<sup>50</sup>.

Y este es, como decíamos, el mejor de los escenarios posibles por lo que respecta al funcionamiento de la opinión popular, que en la inmensa mayoría

---

<sup>48</sup> Véase GARNOT, Benoît, *Le peuple au siècle des Lumières. Échec d'un dressage culturel*, Paris, Imago, 1990, pp. 85-86. Desde la historia natural Londa Schiebinger ha estudiado el modo como la mujer es identificada en el siglo XVIII con la animalidad y la Naturaleza (SCHIEBINGER, Londa, *Nature's Body. Gender in the Making of Modern Science*, New Brunswick (New Jersey), Rutgers University Press, 2006).

<sup>49</sup> MERCIER, Louis-Sébastien, *Tableau de Paris*, Genève/Paris, Slatkine/[diffusion Champion]/[diffusion Minard], 1979, 12 tomes en 6 volumes –reproduction en fac-similé de la nouvelle édition d'Amsterdam, 1782-1788–, tome V, chapitre 414, “Naissance d'un prince”, p. 200.

<sup>50</sup> DIDEROT, Denis, “Multitude”, en *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers...*, *op. cit.*, vol. X, p. 860. El *leitmotiv*, que se repite hasta en cuatro ocasiones, en el artículo redactado por Diderot, es “méfiez-vous” (“desconfíe” o “desconfíen”) de la multitud, cuya voz, afirma el enciclopedista, “es la de la maldad, de la tontería, de la inhumanidad, de la sinrazón y del prejuicio”. “La *multitud* es ignorante y alelada”, concluye Diderot (ídem).

de las ocasiones no reverbera el prudente diagnóstico de los distinguidos *philosophes*, sino que reproduce un parecer erróneo, una necia suposición que al propagarse adquiere tal fuerza que resulta casi invencible. Tal es la percepción de Voltaire cuando se compromete con la causa de Jean Calas, cuya injusta condena se sostiene a partir del rumor popular, que lo convierte en culpable de la muerte de su hijo. Aunque no pudo salvar de la rueda al padre de familia, la defensa de Voltaire obtuvo sus frutos, lo cual arroja un saldo bastante optimista a tenor de lo que el afamado hombre de letras escribía un año después de la publicación de su *Traité sur la tolérance* bajo la entrada ‘Opinion’ de su *Dictionnaire philosophique*, donde traza un mapa de dicho concepto a partir del proceso de civilización: aquí Voltaire afirma en primer lugar que los habitantes de América del norte, las tres cuartas partes de África y casi todas las islas asiáticas, ocupados por completo en su subsistencia, apenas poseen opiniones, “tienen un sentimiento confuso de sus costumbres, y no van más allá de ese instinto”<sup>51</sup>, y, tras poner el ejemplo del talapuzo que convenció a sus devotos de que el dios Sammonocodom taló todos los árboles de un bosque de Siam porque lo incomodaban cuando jugaba al volante, concluye que “hacen falta siglos para destruir una opinión popular”<sup>52</sup>.

#### 4. LOS *PHILOSOPHES* FRENTE A LA OPINIÓN POPULAR

Después de abordar el contraste entre la autonomía de los *philosophes* situados al frente de la opinión pública y la heteronomía de la opinión popular, nos resta la última de las antítesis apuntadas por el autor de *Mise en scène de l'opinion publique*, la oposición entre el discurso normativo y el discurso descriptivo. Dada la imagen del pueblo que se perfila durante el Antiguo Régimen y que termina de precisar el movimiento ilustrado, tal vez, como señala Veysman, la dignificación del concepto de opinión no puede producirse sino gracias a “la lenta desmaterialización de su referente social”<sup>53</sup>, en virtud de la cual dicha noción queda desvinculada del error. La creciente importancia de la opinión pública, el alcance cada vez mayor de ese poderoso “tribunal” ensalzado por los contemporáneos no solo no está reñido con la visión profundamente despectiva de la multitud, sino que, por el contrario, hunde sus raíces en la decidida y sistemática descalificación de esta. La

<sup>51</sup> VOLTAIRE, “Opinion”, en *Œuvres complètes de Voltaire*, op. cit., vol. XX. *Dictionnaire philosophique*, tome IV, 1879, p. 136.

<sup>52</sup> Ídem.

<sup>53</sup> VEYSMAN, *Mise en scène de l'opinion publique...*, op. cit., p. 43.

literatura del siglo XVIII define la opinión pública en función de lo que no es. Como señala Mona Ozouf,

la caracterización positiva es sin embargo muy rara, la relación casi mecánica que nosotros establecemos con la libertad de prensa muy laxa, la evocación del número (tiradas de periódicos, ediciones de libros) ausente. ¿Por qué tan pocas indicaciones precisas? Es que los textos se preocupan menos de aportar una información que de utilizar el concepto con fines polémicos: lo descriptivo se borra ante lo normativo<sup>54</sup>.

Al igual que Ozouf y Baker, Veysman queda enmarcado dentro de lo que Kaufmann denomina el enfoque “artificialista”, el cual sostiene que la opinión pública es antes que nada un fenómeno discursivo, una abstracción que como tal no posee una existencia efectiva, concreta, en las últimas décadas del Antiguo Régimen más allá de los textos a través de los que toma cuerpo<sup>55</sup>. De ahí que Veysman prefiera la expresión *puesta en escena* al término *representación*, pues mientras este último puede apuntar a una entidad objetiva la primera no deja lugar a dudas e indica que nos encontramos ante un artificio, una ficción, en este caso discursiva, que a juicio del autor francés no permite ser identificada en la realidad social de la época<sup>56</sup>; no comparte por tanto la postura de Habermas –quien afirma que la nueva *publicidad burguesa* queda localizada en los escenarios de la sociabilidad ilustrada–, aunque suscribe el esquema propuesto por el filósofo alemán según el cual la opinión pública se presenta como un motivo literario antes de convertirse en un asunto político, agitado por los parlamentarios ante todo a partir de 1770<sup>57</sup>.

<sup>54</sup> OZOUF, Mona, “L’opinion publique”, en BAKER, Keith Michael (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. I. *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987, p. 423.

<sup>55</sup> KAUFMANN, Laurence, “Entre fiction et réalité. L’opinion publique dans la France du XVIIIe siècle”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier et CHASSIN, Joëlle (coords.), *L’avènement de l’opinion publique. Europe et Amérique XVIIIe-XIXe siècles*, Paris, L’Harmattan, 2004, pp. 91-107. Frente al enfoque “artificialista” encontramos el planteamiento “referencialista”, según el cual la opinión pública remite a un conjunto de prácticas sociales y objetos definidos. Entre los defensores de esta última perspectiva cabe destacar a Robert Darnton y Arlette Farge. El primero estudia los entresijos de la baja literatura, mientras Farge presta especial atención al desprecio popular hacia el soberano (DARNTON, Robert, *Edición subversión. La literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, trad. de Laura Vidal, Madrid, Turner/FCE, 2003; FARGE, Arlette, *Dire et mal dire. L’opinion publique au XVIIIe siècle*, Paris, Seuil, 1992).

<sup>56</sup> VEYSMAN, *Mise en scène de l’opinion publique...*, op. cit., p. 27.

<sup>57</sup> HABERMAS, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, trad. de José Luis Aristu, Barcelona, Península, 1998.



Ante todo si atendemos a la mencionada dimensión discursiva, no cabe ninguna duda de que la descalificación de la multitud sirve a los hombres de letras para enaltecer su elevada figura. Los *philosophes* se autodefinen contra el pueblo, se dotan a sí mismos de los atributos de los que carece la gente común (raciocinio, reflexividad, espíritu de observación, moral intachable), y se postulan además como la instancia última a la que apunta ese nuevo “tribunal” que aparece por doquier en los textos de la época, la opinión pública, la cual queda caracterizada de igual modo a partir de su oposición fundamental frente a su par antitético, la opinión popular, frente a aquella “multitud ciega” subestimada por Rousseau<sup>58</sup>, la cual no se libra de la condena del aclamado escritor ginebrino a pesar de que este ironiza contra la curiosa obsesión que la elite intelectual que frecuenta los salones parisinos comparte con la alta aristocracia y los individuos más adinerados: “Los grandes, los ricos y esa brillante porción de la sociedad llamada *bonne compagnie* llevan mucho cuidado para conducirse en todo de modo diferente a los otros hombres. Hay que distinguirse del pueblo en la manera de vestir, hablar, pensar, actuar, vivir”<sup>59</sup>.

Contra la multitud se pronuncian asimismo d’Alembert y Condorcet, dos de las personalidades que según Louis Gottschalk lideraron las tres generaciones de *philosophes*<sup>60</sup>. El primero, apenas unos meses después de tomar posesión como secretario perpetuo de la Académie française, afirma que la multitud no solo es ciega, sino también “ruidosa”, por lo que no forma parte, como es obvio, del reducido grupo del “público verdaderamente ilustrado”<sup>61</sup>. Condorcet es aún más contundente:

---

<sup>58</sup> “¿Cómo una multitud ciega que a menudo no sabe lo que quiere, porque rara vez sabe lo que es bueno, ejecutaría ella misma una empresa tan grande, tan difícil como un sistema de legislación?” (ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Du contrat social ou Principes du droit politique*, Amsterdam, Marc-Michel Rey, 1762, p. 80). “He aquí de donde nace la necesidad de un Legislador”, concluye Rousseau (ibídem, p. 81).

<sup>59</sup> Jean-Jacques Rousseau citado por BAHNER, Werner, “Le Mot et la notion de « peuple » dans l’œuvre de Rousseau”, *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, 55 (1967), p. 122.

<sup>60</sup> GOTTSCHALK, Louis, “Three Generations: A Plausible Interpretation of the French *Philosophes*?”, *Studies in Eighteenth-Century Culture*, 2 (1972), pp. 3-12. Según Gottschalk, la primera generación de *philosophes* (de 1721 a 1750) fue dominada por Montesquieu, la segunda (que concluyó alrededor de 1780) por la *Encyclopédie* y la tercera por Condorcet. Aunque resulta interesante esta cronología, a mi juicio la ascendencia de Voltaire sobre las letras francesas sobrepasa el liderazgo de las tres figuras destacadas por Gottschalk.

<sup>61</sup> “Él [el historiador] suele distinguir al público verdaderamente ilustrado, que debe guiar su pluma, de esa multitud ciega y ruidosa” (ALEMBERT, d’, *Éloges lus dans les séances*

Cuando se habla de opinión, hay que distinguir tres especies: la opinión de las personas ilustradas, que precede a la opinión pública y acaba dictándole la ley; la opinión cuya autoridad genera la opinión del pueblo; la opinión popular en fin, que es la de la parte del pueblo más estúpida y miserable<sup>62</sup>.

## CONCLUSIONES

Los *philosophes* se sitúan a sí mismos en lo más alto de la escala social –en la que el pueblo ocupa el escalón más bajo–. Acaso no podía ser de otra manera, pues el objetivo último de este movimiento que tomó forma en el París de Voltaire y la *Encyclopédie* no consistía en la creación de un *corpus* doctrinario capaz de mostrar a los lectores cada vez más numerosos las bondades del ejercicio racional. Antes bien, tenía que ver con la instauración de una nueva elite intelectual que supo beneficiarse del debilitamiento de las viejas estructuras que sostenían el edificio del Antiguo Régimen, que pudo aprovecharse ante todo de la crisis de legitimidad sufrida por una monarquía agujereada por los numerosos malos discursos<sup>63</sup> que, como los registrados a propósito del frustrado regicidio de Luis XV perpetrado por Damiens, lanzaban sus invectivas contra el símbolo por excelencia de la nación, el soberano cuya buena fortuna tras el fallido atentado era lamentada por no pocos hombres y mujeres del pueblo<sup>64</sup>.

Es aquí donde entra en juego la opinión pública, esa nueva autoridad que compite con la monarquía misma, ese nuevo tribunal para el cual, como afirma Veysman, el *philosophe* no se ofrece como un simple representante, sino que reclama el puesto de director, pues a su juicio solo así puede garantizar el buen rumbo de una entidad que a salvo de los vaivenes de la multitud embrutecida halla en los hombres de letras la verdad que alumbró el

---

*publiques de l'Académie française*, Paris, Panckoucke/Moutard, 1779, p. IX). El “Préface”, al que pertenece el citado fragmento, fue leído en la sesión pública del 25 de agosto de 1772.

<sup>62</sup> CONDORCET, Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marquis de, *Réflexions sur le commerce des bleds*, Londres, 1776, p. 140.

<sup>63</sup> “Malos discursos” (*mauvais discours* o *mauvais propos*): la etiqueta corresponde a una rúbrica policial que cubre un amplio abanico de delitos, de muy diversa índole y de distinta gravedad, tales como injurias, crímenes de lesa majestad, complots contra el rey, denuncias de falsos complots, amenazas contra la Corona, predicciones astrológicas malvadas o malintencionadas...

<sup>64</sup> Sobre el caso Damiens, son muy recomendables las siguientes monografías: RÉTAT, Pierre (sous la direction de), *L'attentat de Damiens. Discours sur l'événement au XVIIIe siècle*, Presses Universitaires de Lyon, 1979; VAN KLEY, Dale Kenneth, *The Damiens Affair and the Unraveling of the Ancien Régime, 1750-1770*, Princeton, Princeton University Press, 1984.

camino<sup>65</sup>. Son ellos quienes según Jean-Jacques Garnier cumplen en la sociedad la función de los ojos en el cuerpo humano<sup>66</sup>, quienes aportan la luz, la metáfora por excelencia del siglo que fue testigo del movimiento ilustrado, cuya filosofía, afirma Dinah Ribard, más que enseñarse o aprenderse se difunde como la claridad en el aire: “No es una profesión, sino una actitud, la reiteración de un gesto decisivo”<sup>67</sup>, una especie de cortocircuito que no es el resultado de la lenta adquisición de una disciplina, sino que proviene de una revelación, de una ruptura. De ella no brota una práctica profesoral que imparte una serie de lecciones pautadas ante un número concreto de estudiantes o un auditorio delimitado, su discurso no despliega un análisis pormenorizado de las diferentes aristas de los tradicionales objetos teóricos<sup>68</sup>. Por el contrario, quienes pretenden levantar poco a poco el velo que cubre la verdad –para no lanzarla bruscamente a una multitud que la rechazaría con violencia si no la recibiera en pequeñas dosis, como sostiene d’Alembert<sup>69</sup>– ofrecen su magisterio en el espacio abierto de un público indefinido, que funciona así como una poderosa instancia de legitimación de unos autodidactas que se entregan a la crítica de su tiempo, al combate contra los prejuicios y las supersticiones que disparan como armas arrojadas contra la opinión popular.

Dotado del distinguido talento de pensar por sí mismo y de la invencible razón, la cual según Dumarsais es al *philosophe* lo que la gracia al cristiano<sup>70</sup>, el genio que asoma bajo el hombre de letras de mediados del siglo XVIII “representa la forma laica del inspirado de tiempos anteriores”, sugiere Jean-Marie Goulemot<sup>71</sup>. El don que a su juicio no puede sino singularizarlo frente

<sup>65</sup> VEYSMAN, *Mise en scène de l'opinion publique...*, *op. cit.*, p. 42.

<sup>66</sup> GARNIER, Jean-Jacques, *L'Homme de lettres*, Paris, Panckoucke, 1764, p. 144. Cuestionar, por tanto, la utilidad de las gentes de letras es, afirma Garnier, una solemne estupidez.

<sup>67</sup> RIBARD, Dinah, “Philosophe ou écrivain ? Problèmes de délimitation entre histoire littéraire et histoire de la philosophie en France, 1650-1850”, *Annales HSS*, 2 (2000), p. 379. Según la autora, este “gesto” sigue el modelo cartesiano de la conversión que inspira los elogios académicos de Fontenelle.

<sup>68</sup> Dinah Ribard aborda en su artículo la pugna entre los profesionales dedicados a la enseñanza de la filosofía en el seno de la universidad (como el padre Paulian) y los autores (Voltaire y compañía) que defendían una práctica distinta del quehacer filosófico, cuyo hábitat más adecuado desde este punto de vista eran las academias, los salones o los textos impresos. Ambos bandos se reclamaban como los auténticos representantes de la verdadera filosofía (ibídem, pp. 355-388).

<sup>69</sup> ALEMBERT, *Éloges...*, *op. cit.*, “Préface”, pp. XIX-XX.

<sup>70</sup> [DUMARSAIS], *op. cit.*, p. 175.

<sup>71</sup> GOULEMOT, Jean-Marie, *Adieu les philosophes : que reste-t-il des Lumières ?*, Paris, Seuil, 2001, p. 80.

al resto de los mortales convierte al *philosophe* en el intérprete por excelencia de los elevados arcanos que antaño eran competencia exclusiva de las autoridades eclesiásticas y los soberanos. El *philosophe* no solo se postuló como el nuevo guardián del saber, sino también como el juez a quien remite en último término la nueva instancia de legitimidad a la que ni siquiera la monarquía podrá sustraerse, la opinión pública, “no la opinión de la multitud –como aclara Marmontel en 1776–, que rara vez asciende hasta las Gentes de Letras, sino la opinión de las Gentes de Letras, que desciende hacia la multitud, y la arrastra tras de sí tarde o temprano”<sup>72</sup>. El *philosophe* se presenta así como un nuevo mesías capaz de liderar la “iglesia invisible” cuya verdad termina imponiéndose:

Quando hablo de la voz pública –escribe Diderot en 1766–, no se trata de esa turba de gentes de toda especie que va en tropel al patio de butacas a silbar una obra maestra, a levantar el polvo del Salón y buscar en el libreto si debe admirar o criticar. Hablo de esa pequeña manada, de esa iglesia invisible que escucha, que observa, que medita, que habla bajo y cuya voz predomina a la larga y forma la opinión general<sup>73</sup>.

Desde el púlpito de su templo, el nuevo exégeta no solo fija el sentido de las palabras, sino el lugar de todos aquellos que a su juicio están condenados a convertirse en sus fieles.

## BIBLIOGRAFÍA

### FUENTES PRIMARIAS

ALEMBERT, D', *Éloges lus dans les séances publiques de l'Académie française*, Paris, Panckoucke/Moutard, 1779.

ALEMBERT, D', “Correspondance avec le roi de Prusse”, en *Œuvres de d'Alembert*, Paris, A. Belin, vol. V, partie II, 1822, pp. 249-467.

BOUCHER D'ARGIS, Antoine-Gaspard, “Opinion”, en *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une*

<sup>72</sup> MARMONTEL, Jean-François, “Réponse de M. Marmontel, Chancelier de l'Académie Française, au Discours de M. de La Harpe”, en LA HARPE, Jean François de et MARMONTEL, Jean-François, *Discours prononcés dans l'Académie française le jeudi 20 juin 1776 à la réception de M. de La Harpe*, Paris, Demonville, 1776, p. 32.

<sup>73</sup> Carta de Denis Diderot a Étienne-Maurice Falconet, septiembre de 1766 (DIDEROT, *Œuvres complètes de Diderot...*, op. cit., vol. XVIII. *Correspondance*, tome I, 1876, p. 158).

*société de gens de lettres. Mis en ordre para M. Diderot, [...] et quant à la partie mathématique, par M. d'Alembert*, Paris, France expansion, 1972 –reproduction des éditions de : Paris, Briasson/David l'aîné/Le Breton/Durand, 1751-1757, vol. I-VII ; Neuchâtel, Samuel Faulche et Compagnie, 1765, vol. VII-XVII–, vol. XI, pp. 506-508.

CONDORCET, Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marquis de, *Réflexions sur le commerce des bleds*, Londres, 1776.

[COYER, Gabriel-François], “Dissertation sur la nature du peuple”, en *Dissertations pour être lues : la première, sur le vieux mot de patrie ; la seconde, sur la nature du peuple*, La Haye [Paris], Pierre Gosse junior [Nicolas Bonaventure Duchesne], 1755, pp. 44-70.

*Dictionnaire de l'Académie françoise. Revue, corrigée et augmentée par l'Académie elle-même*, Paris, J. J. Smits, 5<sup>e</sup> édition, 1798, 2 vol.

DIDEROT, Denis, “Prospectus” [de l'*Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*], en ALEMBERT, d', *Discours préliminaire des éditeurs de 1751 et articles de l'Encyclopédie introduits par la querelle avec le Journal de Trévoux*, textes établis et présentés par Martine Groult, Paris, Honoré Champion, 1999, pp. 17-32.

DIDEROT, Denis, “Multitude”, en *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres. Mis en ordre para M. Diderot, [...] et quant à la partie mathématique, par M. d'Alembert*, Paris, France expansion, 1972 –reproduction des éditions de : Paris, Briasson/David l'aîné/Le Breton/Durand, 1751-1757, vol. I-VII ; Neuchâtel, Samuel Faulche et Compagnie, 1765, vol. VII-XVII–, vol. X, p. 860.

DIDEROT, Denis, *Correspondance*, en *Œuvres complètes de Diderot revues sur les éditions originales comprenant ce qui a été publié à diverses époques et les manuscrits inédits conservés à la Bibliothèque de l'Ermitage*, notices, notes, table analytique, étude sur Diderot par Jules Assézat et Maurice Tourneux, Paris, Garnier frères, vol. XVIII-XX, 1876-1877.

- DIECKMANN, Herbert (ed.), *Le philosophe. Texts and Interpretation*, Saint-Louis, Washington University Studies, 1948.
- DUCLOS, Charles, *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, [Paris], [Laurent-François Prault ou Bernard Brunet], 1<sup>ère</sup> édition, 1751.
- DUCLOS, Charles, *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, Paris, Prault, 5<sup>e</sup> édition, 1767.
- [DUMARSAIS, César Chesneau], “Le Philosophe”, en *Nouvelles libertés de penser*, Amsterdam, [Piget], 1743, pp. 173-204.
- FURETIÈRE, Antoine, *Dictionnaire universel, contenant généralement tous les mots François tant vieux que modernes, et les termes de toutes les sciences et les arts...*, Paris, France-expansion, 1972 –reproduction de l’édition de La Haye et Rotterdam, A. de R. Leers, 1690, 3 tomes–.
- GARNIER, Jean-Jacques, *L’Homme de lettres*, Paris, Panckoucke, 1764.
- GUÉNARD, Antoine, *Discours qui a remporté le prix d’éloquence à l’Académie françoise, en l’année 1755: En quoi consiste l’esprit philosophique*, Paris, B. Brunet, 1755.
- HELVÉTIUS, Claude-Adrien, *De l’esprit*, Paris, Durand, 1758.
- JAUCOURT, Louis, “Peuple”, en *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société de gens de lettres. Mis en ordre para M. Diderot, [...] et quant à la partie mathématique, par M. d’Alembert*, Paris, France expansion, 1972 –reproduction des éditions de : Paris, Briasson/David l’aîné/Le Breton/Durand, 1751-1757, vol. I-VII ; Neuchâtel, Samuel Faulche et Compagnie, 1765, vol. VII-XVII–, vol. XII, pp. 475-477.
- LA HARPE, Jean François de et MARMONTEL, Jean-François, *Discours prononcés dans l’Académie françoise le jeudi 20 juin 1776 à la réception de M. de La Harpe*, Paris, Demonville, 1776.
- LE FRANC DE POMPIGNAN, Jean-George, *Essai critique sur l’état présent de la République des lettres*, (s. l.), 1744.

LE FRANC DE POMPIGNAN, Jean-Jacques et DUPRÉ DE SAINT-MAUR, Nicolas-François, *Discours prononcés à l'Académie française, le lundi 10 mars 1760, à la réception de M. Lefranc de Pompignan*, Paris, chez Brunet, 1760.

LE GENDRE, Gibert-Charles, *Traité de l'opinion, ou Mémoires pour servir à l'histoire de l'esprit humaine*, Paris, C. Osmond (G. de Bure), 1733, 6 vol.

MALESHERBES, Guillaume-Chrétien de Lamoignon de, *Discours prononcés dans l'Académie française, le jeudi 16 février 1775, à la réception de M. de Lamoignon de Malesherbes*, Paris, Demonville, 1775.

MERCIER, Louis-Sébastien, *Tableau de Paris*, Genève/Paris, Slatkine/[diffusion Champion]/[diffusion Minard], 1979, 12 tomes en 6 volumes –reproduction en fac-similé de la nouvelle édition d'Amsterdam, 1782-1788–.

NECKER, Jacques, *De l'administration des finances de la France*, (s.l.), 1784, 3 vol.

PETIOT, *De l'Opinion et des mœurs, ou de l'influence des lettres sur les mœurs*, Londres/Paris, Moureau/Nyon, 1777.

RICHELET, César-Pierre, *Dictionnaire françois, contenant tous les mots et les choses...*, Cambridge (Massachusetts), Omnisys, [ca. 1990] – reproduction de l'édition de Genève, chez Jean Herman Widerhold, 1680–.

ROUSSEAU, Jean-Jacques, *J. J. Rousseau, citoyen de Genève, a Mr. d'Alembert, de l'Académie Française, &c. &c. &c. sur son article Genève dans le VIIe volume de l'Encyclopédie, et particulièrement sur le projet d'établir un Théâtre de Comédie en cette ville*, 3<sup>e</sup> édition, Amsterdam, chez Marc Michel Rey, 1762.

ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Du contrat social ou Principes du droit politique*, Amsterdam, Marc-Michel Rey, 1762.

VOLTAIRE, *Mélanges de littérature, d'histoire et de philosophie*, en *Collection complète des œuvres de Mr. de Voltaire. Première édition*, [Genève]/[Paris], [Cramer], vol. IV, 1757.

VOLTAIRE, *Dictionnaire philosophique*, en *Œuvres complètes de Voltaire*, nouvelle édition, avec notices, préfaces, variantes, table analytique, les notes de tous les commentateurs et des notes nouvelles, conforme pour le texte à l'édition de Beuchot, enrichie des découvertes les plus récentes et mise au courant des travaux qui ont paru jusqu'à ce jour, Paris, Garnier frères, vol. XVII-XX, 1878-1879.

VOLTAIRE, "Lettre à M. Tabareau", en *Œuvres de Voltaire*, Paris, Delagrave, 1885, vol. 69, p. 428.

VOLTAIRE, *Notebooks*, en *Les œuvres complètes de Voltaire / The Complete Works of Voltaire*, edited by Theodore Besterman [then by William Henry Barber], Genève/Toronto/Paris, Institut et Musée Voltaire/University of Toronto Press/[diff. J. Touzot], 2<sup>nd</sup> edition revised, vols. 81-82, 1968.

VOLTAIRE, *Correspondance*, éditée par Theodore Besterman, notes de Besterman traduites et adaptées par Frédéric Deloffre, [Paris], Gallimard, 1978-1992, 13 vol.

#### FUENTES SECUNDARIAS

BAHNER, Werner, "Le Mot et la notion de « peuple » dans l'œuvre de Rousseau", en *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, 55 (1967), pp. 113-127.

BAKER, Keith Michael, "Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime", trad. de Jean-François Sené, en *Annales ESC*, 1 (1987), pp. 41-71. URL: <https://doi.org/10.3406/ahess.1987.283368>. Consultado el 17 de noviembre de 2020.

BAKER, Keith Michael et CHARTIER, Roger, "Dialogue sur l'espace public", en *Politix*, 26 (1994), pp. 5-22.

BURKE, Peter, *La cultura popular en la Europa moderna*, trad. de Antonio Feros, Madrid, Alianza, 2005.



CONNORS, Logan James, *Dramatic Battles in Eighteenth-Century France: Philosophes, Anti-philosophes and Polemical Theatre*, Oxford, Voltaire Foundation, 2012.

DARNTON, Robert, *Edición subversión. La literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, trad. de Laura Vidal, Madrid, Turner/FCE, 2003.

FARGE, Arlette, *Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIIIe siècle*, Paris, Seuil, 1992.

FERRET, Olivier, *La fureur de nuire: échanges pamphlétaires entre philosophes et antiphilosophes, 1750-1770*, Oxford, Voltaire Foundation, 2007.

GARNOT, Benoît, *Le peuple au siècle des Lumières. Échec d'un dressage culturel*, Paris, Imago, 1990.

GOTTSCHALK, Louis, "Three Generations: A Plausible Interpretation of the French *Philosophes*?", en *Studies in Eighteenth-Century Culture*, 2 (1972), pp. 3-12.

GOULEMOT, Jean-Marie, *Adieu les philosophes: que reste-t-il des Lumières ?*, Paris, Seuil, 2001.

HABERMAS, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, trad. de José Luis Aristu, Barcelona, Península, 1998.

KAUFMANN, Laurence, "Entre fiction et réalité. L'opinion publique dans la France du XVIIIe siècle", en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier et CHASSIN, Joëlle (coords.), *L'avènement de l'opinion publique. Europe et Amérique XVIIIe-XIXe siècles*, Paris, L'Harmattan, 2004, pp. 91-107.

LU, Jin, *Qu'est-ce qu'un philosophe? Éléments d'une enquête sur l'usage d'un mot au Siècle des Lumières*, Saint-Nicolas (Québec), Les Presses de l'Université Laval, 2005.

MASSEAU, Didier, *Les ennemis des philosophes. L'antiphilosophie au temps de Lumières*, Paris, Albin Michel, 2000.

- MORTIER, Roland, “La satire, «ce poison de la litt́rature»: Voltaire et la nouvelle d́ontologie de l’homme de lettres”, en MACARY, Jean (ed.), *Essays on the Age of Enlightenment in Honour of Ira O. Wade*, Genève, Droz, 1977, pp. 233-246.
- OZOUF, Mona, “L’opinion publique”, en BAKER, Keith Michael (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. I. *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, Pergamon Press, 1987, pp. 419-434.
- PAYNE, Harry C., *The Philosophes and the People*, New Haven and London, Yale University Press, 1976.
- RÉTAT, Pierre (sous la direction de), *L’attentat de Damiens. Discours sur l’événement au XVIIIe siècle*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1979.
- RIBARD, Dinah, “Philosophe ou écrivain ? Problèmes de délimitation entre histoire litt́raire et histoire de la philosophie en France, 1650-1850 ”, en *Annales HSS*, 2 (2000), pp. 355-388. URL: <https://doi.org/10.3406/ahess.2000.279852>. Consultado el 17 de noviembre de 2020.
- SCHIEBINGER, Londa, *Nature’s Body. Gender in the Making of Modern Science*, New Brunswick (New Jersey), Rutgers University Press, 2006.
- VAN KLEY, Dale Kenneth, *The Damiens Affair and the Unraveling of the Ancien Régime, 1750-1770*, Princeton, Princeton University Press, 1984. URL: <https://doi.org/10.1515/9781400857289>. Consultado el 17 de noviembre de 2020.
- VEYSMAN, Nicolas, *Mise en sćne de l’opinion publique dans la litt́rature des Lumières*, Paris, Honoré Champion, 2004.
- VEYSMAN, Nicolas, “ La mise en sćne de l’opinion publique dans la litt́rature des Lumières ”, en *Dix-huitíme siècle*, 37 (2005), pp. 445-465. URL: <https://doi.org/10.3406/dhs.2005.2685>. Consultado el 17 de noviembre de 2020.